



UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA FACULTAD DE PSICOLOGÍA

**TRABAJO FINAL DE GRADO
PLAN 2013
MODALIDAD: MONOGRAFÍA**

**El Deseo,
Constitución de vida.**

TUTOR

Mag. Lic. Erika Capnikas

**Camila Lorenzo
CI. 4.154.582-3**

Montevideo, 30 de julio de 2017

Índice

RESUMEN.....	3
PALABRAS CLAVE	3
INTRODUCCION.....	4
EL DESEO.....	6
El Deseo en la teoría Freudiana	8
Estructuración del aparato anímico.	8
Complejo de Edipo, Complejo Estructurante	9
El Deseo y la cultura	11
Deseo y pulsión	13
El aporte de Lacan	18
Las palabras, la falta y el deseo.....	18
El Estadio del espejo y el Edipo en Lacan	20
Otras consideraciones acerca del deseo.....	24
El deseo de los padres, el deseo que nos precede	24
El deseo y su conexión con las patologías.....	26
El Duelo.....	29
CONCLUSIONES FINALES	31
REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS	33

RESUMEN

El presente trabajo intenta un acercamiento a diferentes nociones relacionadas al deseo, comenzando en la estructuración del aparato anímico, y cómo se va configurando el sujeto en interacción con otro.

El texto recorre el Edipo desde Freud hasta Lacan, encontrando en ambos casos la importancia estructural del mismo en el devenir del sujeto.

Ausencias que invitan presencias, ausencias que invitan deseos, presencias que los cancelan.

Los siguientes capítulos invitan un recorrido por el deseo desde las pulsiones, la sexualidad infantil, el Edipo, la cultura, lo patológico del deseo, el deseo de los padres, y el duelo. Deseo y pérdida son consustanciales, es por eso que en el último capítulo se hará referencia al duelo.

PALABRAS CLAVE: *Deseo, Estructuración psíquica, Patologías, Duelo*

SUMMARY

This paper tries to give a close look to different notions related to desire, beginning with the psychic structuration, and how the subject goes configuring in interaction with another.

The text goes through Oedipus from Freud to Lacan, finding in both cases it's structural importance in the subject's development.

Absences that invite presences, absences that invite desires, presences that annul them.

The next chapters are a tour through desire from the instincts, the child's sexuality, Oedipus, the culture, the pathologic aspects of desire, parent's desire, and mourning. Desire and loss are consubstantial, that's why the last chapter is about mourning.

KEY WORDS: *Desire, Psychic structure, Pathologies, Mourning*

INTRODUCCION

El ser humano se pasa la vida buscando cosas, deseándolas para obtener realización y satisfacción, pero mientras ese deseo se mantiene incumplido, es fuente de malestares y sufrimientos que el sujeto debe acarrear consigo. El psicólogo se encuentra reiteradas veces en la consulta con dicho malestar de manifiesto en un discurso que lo expone, aunque desconoce su origen.

Hoy en día nos enfrentamos al peligro de la inmediatez. Se nos ha hecho creer que las soluciones están a un clic de distancia. Hemos aprendido a simplificar actividades diarias al ser mediadas con la tecnología, pero hemos ido más allá. Hemos dejado que la tecnología medie incluso nuestra vida anímica, creando nuevos modos de relacionamiento, nuevas formas de establecer lazos. A cambio, se paga un precio altísimo, el de desaprender acerca del real relacionamiento con otro, generador de placeres, displaceres, dolor, deseo, y hasta capaz de estructurarnos. Se pierde el encuentro real, el de los sentidos y las percepciones.

Hay procesos que no pueden ser adaptados a la tecnología y las redes sociales, que son los procesos intrapsíquicos. No podemos con un clic en “eliminar” evadir un duelo, borrar miedos, culpas, vergüenzas, ni podemos con un clic generar amor, amistades, vínculos sostenibles y duraderos en el tiempo.

Mientras tanto, el deseo sigue siendo constituido en el entramado familiar, y es a la vez constituyente de la vida anímica que reinará al sujeto, y es allí donde no pierde vigencia el Psicoanálisis. Nadie quiere transitar un duelo, nadie quiere ser rechazado, lidiar con las frustraciones. Pero la vida sin tolerar las frustraciones es impensada porque debemos partir de la base de que perseguimos deseos que no serán satisfechos, al menos no de manera auténtica y de eso trata el presente trabajo.

Este recorrido teórico tomará como guía principal a las teorizaciones de Sigmund Freud y Jacques Lacan, que si bien difieren en los modos de exponer los procesos intrapsíquicos, ambos muestran posturas bien interesantes a la hora de enseñar los fenómenos de la vida, del surgimiento y el devenir como sujetos.

Tomando en cuenta que el primer objeto de amor y de deseo para todo bebe es la madre (entendida como aquella persona que ocupa el lugar materno o una función si tomamos la postura de Lacan, y no necesariamente implica un lazo biológico), es

necesario remitirse a aquellas primeras etapas en las cuales el deseo se instala en el sujeto y que posteriormente reinará su vida anímica adulta.

En las vicisitudes de la vida nos encontramos con incertidumbres, dispuestas a derrumbar las estructuras que habitamos, aquellas que necesitamos, entre ellas los lazos fijados a objetos, tan cercanos y tan arraigados que son objetos de deseo.

El deseo es una temática que atraviesa varios e importantes procesos que estructuran la personalidad y el aparato anímico del sujeto, así como su condición neurótica, psicótica o perversa. El deseo es motor de vida en tanto nos mantiene persiguiendo aquel objeto perdido, que se relanza en otros objetos de deseo, y como consecuencia aleja de vista la muerte como único destino de la existencia.

El presente trabajo, buscará ir recorriendo el camino y exponiendo los procesos implicados al deseo, desde su constitución, sus formas de cumplimiento, lo que antecede al sujeto como es el deseo de los padres, y los aspectos patológicos ligados al deseo. Para terminar, como todo tiene un fin el tema del duelo no podía ser excluido. Este Trabajo Final de Grado, representa ese duelo de estudiante, tan avasallante como necesario, marcando un fin de carrera. Este duelo cierra, pero también abre, ya que aquí se relanza el deseo de seguir incursionando y aprendiendo. Este trabajo pretende mostrar que hay que perder para seguir avanzando.

EL DESEO

“No desear nada es no vivir”

Paul Gèraldy

En la RAE podemos encontrar la definición de *deseo* como: movimiento afectivo hacia algo que se apetece; acción y efecto de desear; objeto de deseo; impulso o excitación venérea. En cambio, *desear* nos trae las siguientes definiciones: arder en deseos de algo; anhelarlos con vehemencia; aspirar con vehemencia al conocimiento, posesión o disfrute de algo; anhelar que acontezca o deje de acontecer algún suceso; sentir apetencia sexual hacia alguien.

Es interesante como algunas nociones parecen contradictorias, en tanto habla de posesión a la vez que habla del anhelo de lo que no está. La apetencia sexual no es ajena a la noción que brinda el Psicoanálisis, como tampoco lo es el anhelo.

Desde el punto de vista psicoanalítico, en el diccionario de Laplanche y Pontalis (2005) definen al deseo indicando que:

En la concepción dinámica freudiana, uno de los polos del conflicto defensivo: el deseo inconsciente tiende a realizarse restableciendo, según las leyes del proceso primario, los signos ligados a las primeras experiencias de satisfacción. El psicoanálisis ha mostrado, basándose en el modelo del sueño, cómo el deseo se encuentra también en los síntomas en forma de una transacción (P. 96).

En esta última definición aparecen muchas nociones que son necesarias retomar, ya que hace alusión al conflicto y va dejando entrever que no todo lo que deseamos es aceptado y además ya nos adelanta que existe un antecedente de satisfacción que estará atravesando las experiencias de deseo del sujeto a lo largo de su vida. Cabe preguntarse pues, ¿qué determina y como se configura ese sujeto deseante?

Lo que hasta ahora queda claro, es que el deseo no puede pensarse como un hecho aislado, sino asociado a una huella mnémica establecida por aquella percepción que significó una vivencia de placer.

Los sueños contienen entonces, cumplimientos de deseos que vienen acompañados de ocultamientos, ya que esos deseos presentes en los sueños son rechazados e inaceptables por las normas culturales que rigen la moralidad del sujeto, por lo tanto no deben hacerse conscientes, y es ahí donde el ocultamiento cumple su función, la cual será evitar la angustia que acompañaría tal revelación. Si recurrimos al texto

“Inhibición, síntoma y angustia” Freud (1926) nos presenta la angustia como una reacción del yo frente a una situación de peligro, señal de alarma, una reacción frente al peligro que le amenaza, el cual puede ser real, o puede ser considerado real.

Bleichmar (1997) nos recuerda que desde el psicoanálisis de Freud el deseo surge a partir de un estado de tensión, el cual es liberado cuando el deseo se realiza. Estas tensiones, estos deseos, no son arbitrarios sino que están ligados a recuerdos de momentos anteriores, en los cuales esa tensión fue liberada y el displacer anulado, y aún más importante, se vivencio el placer.

Ciertos procesos excitatorios no devienen conscientes, sino que los que acceden a este sistema son los provenientes del mundo exterior. Freud (1920) al respecto comenta que “todos los procesos excitatorios de los otros sistemas les dejan como secuela huellas permanentes que son la base de la memoria, vale decir, restos mnémicos que nada tienen que ver con el devenir-consciente. A menudo los más fuertes y duraderos son los dejados en un proceso que nunca llego a la consciencia.” (P. 25).

El Deseo en la teoría Freudiana

Estructuración del aparato anímico.

Si algo nos muestra Freud en cada una de sus obras, es que por cada fenómeno que intentemos conocer, debemos ir allí a donde todo surge, por lo tanto resulta pertinente iniciar este camino por el mismo desarrollo del aparato anímico.

Freud (1923) en su segunda tópic, nos plantea que nacemos siendo puro *ello*, instancia regida puramente por el Principio de Placer, y por el influjo de sensaciones que provienen del mundo exterior surge el *yo*, como esa parte del *ello* que fue alterada con la mediación de las percepciones. Si bien el *yo* se asienta sobre este *ello*, no lo cubre totalmente, de manera que confluyen.

Gracias a estas percepciones que el bebé va recibiendo del mundo exterior, y en un comienzo tendrán relación directa con necesidades fisiológicas: hambre=displacer, por ende aquello que sacie ese displacer será lo placentero, la primer vivencia de placer será pues, el amamantamiento.

Como modo de defenderse de aquellas experiencias displacenteras, el bebé se encamina a la diferenciación de un adentro y un afuera, un *yo-no yo*. Esta diferenciación, en un comienzo será por conveniencia, por medio de los mecanismos primarios de introyección–proyección, de manera que se corresponde con el *yo* todo aquello que brinde sensaciones placenteras, siendo el primer ejemplo el pecho materno. Por consiguiente, aquello que lo someta a vivencias displacenteras, que se le presenta como una amenaza, le será ajeno, y lo mantendrá en ese afuera, en ese no *yo*.

Se puede ver como en la medida que ese *yo* tiene noticia de un exterior, se reemplaza el Principio de Placer por el Principio de Realidad, que reinará la vida anímica del sujeto de ahí en más.

El *yo* es según Freud (1923), una esencia-cuerpo, y ese *yo corporal* será quien controle los accesos a la motilidad, pero para esto utiliza las fuerzas que provienen del *ello*, al decir de Freud “el *yo* suele trasponer en acción la voluntad del *ello* como si fuera la suya propia” (P. 27).

En el interior del *yo* se puede distinguir otra división de surgimiento más tardío, que Freud denomina *ideal del yo* o *super-yo*. Para poder referirnos al *ideal del yo* debemos

hacer una puntualización de otro concepto de vital importancia en su obra; el Narcisismo (Freud, 1914).

El niño (en un sentido genérico) en una primera instancia se toma a sí mismo como objeto de amor antes de elegir objetos de amor externos a sí. Si el principal objeto de amor para el *yo*, es el *yo*, hablamos entonces de *yo ideal*, que es en realidad edificado desde afuera, en tanto proviene del amor parental. El haber sido perfecto para los padres (o quienes ejercen el rol) genera la exigencia de seguirlo siendo, por lo tanto se interioriza y se vuelve meta, esto es, en la medida que el *yo* deja de ser lo ideal, lo perfecto, hay un ideal de lo que debe ser, será entonces un *ideal del yo* que además será acorde a los ideales de la cultura. Comienzan aquí las exigencias culturales a cumplir su rol, ya que en este *ideal del yo* se ubicará el modelo al que querrá volver siempre, al momento en que era su propio ideal.

Complejo de Edipo. Complejo Estructurante

Freud toma de Darwin la idea de que el hombre vivía en hordas primordiales, manejadas por un macho brutal, que conservaba a todas las hembras para sí. Este mito Freud lo utiliza para explicar la interiorización del sentimiento de culpa por el parricidio y la prohibición del incesto, de donde tomará las bases sobre las que edificará la conceptualización del Complejo de Edipo. En *Tótem y Tabú* (1912) expone cómo los hermanos se unen para asesinar al padre primordial, ejecutan esa agresión producto del odio que le tenían, pero luego de matarlo surge el arrepentimiento por la ambivalencia de los sentimientos de los hijos hacia el padre, lo odiaban pero también lo amaban. Deciden abandonar a las mujeres que eran del padre, se someten a la exogamia, se da una alianza entre ellos de prohibir el incesto y el canibalismo para no repetir el crimen. Cuando se comen al padre, su autoridad se interioriza, se hace simbólico, se le atribuye poder a ese padre como castigo por la agresión. Con el padre muerto da lugar al surgimiento de la ley, fundamentalmente la ley contra el incesto.

Al interiorizar la autoridad originariamente paterna, junto con los sentimientos ambivalentes dará surgimiento a una instancia intrapsíquica: el *super-yo*. Consiste en una sedimentación del *yo* que se da por el establecimiento de esta identificación, heredera del Complejo de Edipo (por este motivo este Complejo es de carácter estructurante, es aquí que se termina de forjar el aparato anímico). El *super-yo*, comprende un aspecto censorador que tendrá como fin vigilar al *yo*, castigarlo, será

sede de la conciencia moral. Comprende además al *ideal del yo*, que justamente será un modelo de cómo debe ser para ser amado por sus pares como lo fue en ese narcisismo primario.

Freud (1923) explica que el *super-yo* es la agencia representante del vínculo parental. Ya en épocas tempranas (tomando como ejemplo el caso del varón), a raíz del pecho materno (primer fuente de placer) el niño posee una investidura de objeto hacia la madre, y a su vez se identifica con el padre. Con el desarrollo de su sexualidad en la infancia, se da un refuerzo de los deseos sexuales que tiene hacia la madre, el padre se le presenta como un obstáculo frente a esos deseos, generando en el niño sentimientos hostiles hacia el padre. Esos sentimientos representan el deseo de eliminar al padre, de tomar su lugar, para quedarse con la madre. Pero el niño no puede convertirse en el padre, tomar su lugar, ya que eso le está reservado a su padre. Con la ambivalencia de sentimientos que posee hacia el padre, el niño resigna el objeto de amor materno, por el temor a la castración.

El pene es el único órgano sexual que se admite tanto de parte de la mujer como del hombre, o sea niño o niña creerá que todos tienen pene, que es un atributo universal, habla de la primacía del falo, brindándole un estatuto de fase, en la fase fálica (Freud, 1905).

En el caso de la niña, que también tendría a la madre por investidura de objeto, al ver que ella no tiene pene, culpa a su madre por no darle uno y se aleja de ella con sentimientos hostiles. Cambia de objeto, de la madre al padre, Freud dirá que es por la envidia del pene que entra en el Complejo de Edipo, en tanto no lo tiene, quiere obtener uno con el padre. Primero quiere que su clítoris sea un pene, luego quiere el pene del padre, y finalmente espera lograrlo simbólicamente en un hijo con el padre.

Al descubrir que algún ser cercano no tiene pene le confirma que la amenaza de castración es real, confirma sus miedos, le angustia que pueda ser privado también de tenerlo, y con las prohibiciones por medio de las amenazas verbales, el niño o la niña renuncia a las fantasías incestuosas.

Con la angustia de castración, el niño o la niña abandona al progenitor de sexo opuesto como objeto, por miedo a perder el amor de los padres, por el miedo de ser abandonado y a quedar desprotegido frente a otros peligros.

Queda planteada entonces una renuncia pulsional, también acontece frente a la angustia de castración y al despersonalizarse la instancia parental, el peligro se vuelve

indeterminado y la angustia de castración se desarrolla en angustia de conciencia moral, angustia social. Aparece el complejo de castración como motor de defensas, tales como la represión, los cuales recaerán sobre las aspiraciones del Complejo de Edipo.

En este Complejo se pone en juego la constitución del sujeto como tal, y los expresa perfectamente Bleichmar (1997) al decir:

En este sentido no hay un sujeto que preexista a la relación con los padres. Es en el contacto con esos padres, movido por su sexualidad y por su odio a sus padres que el sujeto se estructura de una manera determinada (P. 16).

Al declinarse el Complejo de Edipo, y debido a un aumento en la represión, se ingresa en la etapa de latencia. En este período se dejan de lado las tendencias sexuales para abocarse a las tendencias tiernas y prevaleciendo las sublimaciones. Esta etapa se acompaña a la etapa escolar, y concluirá cuando a raíz de la pubertad, la sexualidad retome su protagonismo, reeditándose el complejo de Edipo.

El Deseo y la cultura

Todo lo transitado anteriormente cobra sentido con la cultura, y el ingreso a la cultura no es sino a base de dolor, pérdidas y renunciaciones.

Freud (1930) nos dirá que la cultura consiste en la constante renuncia pulsional, y la renuncia más importante y necesaria a la que debe someterse es la renuncia al incesto, ya que es antisocial. El yo se vale de mecanismos de defensa que consisten en mecanismos de adaptación, para que las satisfacciones pulsionales que se obtengan sean acordes a las exigencias culturales, tales como la sublimación, la formación de diques anímicos (vergüenza, moral, asco) que son una formación reactiva, en la cual el fin de la pulsión se transforma en su contrario.

Si a medida que el sujeto interactúa con el medio en que permanece, se va instaurando el Principio de realidad en el aparato anímico, entonces esa interacción y esa adaptación en sociedad implican no regirse por la voluntad del *ello* en la búsqueda del placer.

Freud (1930) expone a la cultura como generadora de miseria, ya que nos hace infelices en tanto nuestro *ideal del yo* nos empuja a cumplir con las exigencias

culturales, y es la propia insuficiencia en la comparación del yo con su ideal que da por resultado la humillación. La tensión entre la conciencia moral y las operaciones del yo es sentida como sentimiento de culpa.

¿Por qué es importante la cultura? Es por el ingreso a ella, y su permanencia que se pone en acción una cadena de mecanismos y procesos que aseguran mantener ocultos los sentimientos hostiles, deseos incestuosos y manifestaciones pulsionales que la cultura rechaza. Es gracias a la cultura, que el sujeto debe reprimir, debe renunciar y adaptarse. De aquí la posibilidad del retorno de lo reprimido y la formación de síntomas.

En su texto *El Malestar en la cultura* Freud (1930) nos cuenta que hay tres fuentes de infelicidad, y ellas son: las catástrofes naturales, la biología humana por su finitud y enfermedades, y por último las relaciones con otros sujetos.

La cultura también tiene una función protectora, ya que para lidiar con las catástrofes naturales y las inclemencias de la naturaleza el ser humano ha desarrollado tecnologías, herramientas que permiten la defensa frente a estos riesgos.

Con respecto al malestar causado por el propio cuerpo, también se han desarrollado diferentes prótesis y tratamientos que permiten retrasar o mejorar los desvalimientos asociados con el paso del tiempo y las enfermedades.

Por último, respecto al malestar asociado a las relaciones con otros seres humanos, la cultura se vale del Estado, la Familia y hasta la religión para permitir la convivencia. Esto se logra gracias a la coacción y a la represión de nuestras pulsiones, al servicio de la cultura (Freud, 1930).

No hay lazos sociales sino es gracias a la represión, que permite establecer vínculos fraternales y no sexuales en estado más *puro*, ya que serían investiduras de meta inhibida. De esta manera los lazos sociales están regulados y protegidos.

Por lo tanto, si bien la sola presencia de la cultura implica renunciaciones, su ausencia implicaría la desunión colectiva. El sujeto es tal, en tanto se estructuró con otros sujetos y puede sobrevivir al desvalimiento inicial gracias a los cuidados de otros, sin ellos no sería posible la supervivencia. En la psicología, no es menos relevante el peso de la cultura, sin la interacción con otros sujetos, sin el lenguaje y la posibilidad de comunicarse no habría análisis posible, ya que como indicó Freud (1921), toda psicología individual es a la vez una psicología de los fenómenos sociales.

Es cierto que el ser humano vive con miedo a la humillación, al castigo, se sufre debido a las culpas que generan los deseos, se sufre por las frustraciones, pero el hombre no sólo se frustra porque ingresa a la cultura, sino que crea cultura como una superación de esa misma frustración.

Al decir de Alba Flesler (2007) el sujeto “restringirá sus elecciones a aquello que le ofrezca la cultura de su tiempo [...] y soportará postergar sus apetitos cada vez que el lazo social así se lo requiera.” (P. 26)

Deseo y pulsión

Freud (1915) al describir la sexualidad humana propone la teoría de las pulsiones. Este concepto hace su primera aparición en 1905 en “Tres Ensayos sobre la teoría sexual” y formula a las pulsiones como un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático. En sus inicios, el aparato anímico se rige por el principio de placer, esto es que intentará experimentar placer y evitar el displacer. El displacer es causado por un aumento en los estímulos, por lo tanto el aparato anímico intentará evitar esta tensión.

Freud (1915) hace una descripción en conjunto de la pulsión, en la cual postula: meta, fuente, objeto y empuje.

Cada pulsión halla su *fuentes* en procesos somáticos que son representados en la vida anímica y tiene por *meta* la satisfacción, mediante la anulación de los estímulos internos, y para lograrlo se vale de *objetos*. El *objeto* es lo más variable en una pulsión, ya que puede ser cualquier objeto externo o incluso del propio cuerpo. A esa unión de la pulsión con el *objeto*, se le llama fijación. Finalmente, el *empuje* de carácter cuantitativo, es la exigencia puesta sobre la vida anímica del sujeto a causa de esa pulsión.

Como tantos otros casos en la teoría freudiana, la teoría de las pulsiones también se explica en dualismos. A su vez, cabe mencionar que Freud desarrolló dos teorías al respecto.

El primer dualismo propuesto por Freud, confronta a Pulsiones sexuales y Pulsiones de autoconservación o yoicas.

Las pulsiones yoicas, están vinculadas con la conservación de la vida, ligadas a funciones corporales que únicamente pueden satisfacerse gracias a un objeto real. La más típica exteriorización es el hambre, que solo se sacia si existe un objeto real proveedor de dicho alimento, como el pecho materno.

Al nacer, el niño es absolutamente indefenso ya que requiere de un otro para su supervivencia. El niño experimenta la tensión generada por esa primera necesidad fisiológica de alimento, y ese displacer es apaciguado gracias al pecho materno que no solo saciará el hambre, sino que genera un plus de placer. Es a partir de allí que se genera el recuerdo de esa experiencia, una huella mnémica de esa sensación a la que intentará volver, ya no solo por la necesidad, sino por el deseo de satisfacción de esa pulsión.

Freud (1915) indica que las pulsiones sexuales se apoyan en las pulsiones de autoconservación, y es a raíz de esa necesidad y su correspondiente satisfacción que se instaura el deseo por el recuerdo de esa vivencia placentera.

Las pulsiones sexuales si bien nacen por apuntalamiento a las pulsiones de autoconservación, luego encuentran su meta en el placer de órgano y tienen numerosas fuentes orgánicas, así como variables objetos que irán variando de acuerdo al desarrollo sexual del sujeto.

Freud (1915) enumera cuatro destinos de Pulsión sexual: la transformación en lo contrario, la vuelta hacia la misma persona, la represión y la sublimación.

Estos destinos de pulsión son mecanismos de los cuales se vale el sujeto para obtener un monto de satisfacción, a través de una descarga de tensión que no se corresponde con el deseo original, ya que el mismo genera conflictos intrapsíquicos. Entonces la pulsión se vale de estos destinos, en algunos casos cambiando la meta, en otros cambiando el objeto de la pulsión, para obtener alguna satisfacción, directa o disfrazada. Es por esto, que Freud encuentra la energía única de las pulsiones sexuales, la libido, presente en la mayoría de las actividades, aunque en apariencia no tengan relación con la sexualidad.

Es necesario agregar, como exponen con claridad Laplanche y Pontalis (2005) que “esta diversidad de las fuentes somáticas de la excitación sexual implica que la pulsión sexual no se halla unificada desde un principio, sino fragmentada en pulsiones parciales, que se satisfacen localmente (placer de órgano).” (P. 332)

Freud en “Tres ensayos de teoría sexual” (1905) propone distintas fases del desarrollo de la organización sexual, que determinarán la elección de objeto de amor y las vivencias de placer a las que se intentará volver el resto de la vida, si bien las pulsiones finalmente se organizan a posteriori de la pubertad, con la genitalidad de la sexualidad y la elección definitiva del objeto de amor.

En la infancia la sexualidad es autoerótica, su organización es pre-genital y consta de tres fases, a saber: Fase Oral, Fase Anal y Fase Fálica. La existencia de las pulsiones parciales da cuenta del carácter polimorfo de la pulsión sexual en la búsqueda de satisfacción por medio del alivio de tensiones generadas por excitación.

Inicialmente, el placer sexual será mediante la succión del pecho materno, y esa estimulación de la cavidad bucal denota el trascurso de la primera fase del desarrollo sexual; la Fase Oral, que Freud ubica hasta los 2 años aproximadamente.

En esta primera fase el niño interactúa con el medio a través de su boca, ya que la primera discriminación *yo-no yo* está ligada al displacer=hambre, placer=alimentación. Al proyectar al mundo exterior el objeto traedor de displacer, el niño no invierte de interés ese afuera, solo hay amor a lo que le genera placer, y al introyectarlo su elección de objeto es narcisista. Aquí se pone en juego un modo de relación con el objeto, el de la incorporación, y como lo expresan Laplanche y Pontalis (2005) “la relación de amor con la madre se hallará marcada por las significaciones: comer, ser comido.” (P. 152)

A medida que va avanzando el desarrollo fisiológico el niño, va gradualmente adquiriendo control sobre distintos procesos y funciones del organismo, tales como el control de esfínteres. Freud sitúa aproximadamente entre los 2 y 4 años de edad, la fase anal. Durante esta segunda fase el niño otorga especial significado a las heces, y a la expulsión o retención de las mismas.

A diferencia de la fase oral, aquí se pone en juego el dualismo actividad-pasividad, y su relación con el sadomasoquismo por el desarrollo muscular.

Más adelante Freud (1908) encuentra conexión de esta fase con rasgos de carácter del adulto, como la avaricia ya que asocia a las heces con el dinero (heces=regalo=dinero).

Como tercera fase del desarrollo evolutivo Laplanche y Pontalis (2005) nos dicen que:

Se caracteriza por una unificación de las pulsiones parciales bajo la primacía de los órganos genitales; pero a diferencia de la organización genital puberal, el niño o la niña no reconocen en esta fase más que un solo órgano genital, el masculino, y la oposición de los sexos equivale a la oposición fálico-castrado. La fase fálica corresponde al momento culminante y a la declinación del complejo de Edipo; en ella predomina el complejo de castración (P. 148).

Freud (1920) en base a observaciones, notó que no todas las actividades y búsquedas pulsionales guardan relación con el placer, ya que el ser humano se encuentra con frecuencia repitiendo acciones que no solo no generan placer, sino que además están asociadas a vivencias displacenteras. El sujeto no solo las recuerda, sino que las revive.

Observó que en el juego del Fort–Da (no está-acá está) se da la repetición de la vivencia displacentera de la ausencia de la madre, y su posterior encuentro. El juego consiste en arrojar juguetes u otros objetos con el fin de que momentáneamente permanezcan ausentes, y luego los vuelve a traer hacia sí mismo. De esta manera esa ausencia que inicialmente vive de manera pasiva (ya que es la madre quien se ausenta), en el juego la revive pero esta vez de manera activa, siendo él quien genera esa partida y también su reencuentro.

Explica además la compulsión a la repetición en sus pacientes, que atormentados por traumas (principalmente a raíz de la guerra) sufrían el volver al hecho traumático una y otra vez en sus sueños. Reviviendo con renovado dolor el trauma, Freud notaba que aquellos sueños estaban lejos de responder a cumplimientos de deseos, ya que ni ahora ni en sus comienzos habían estado asociados a vivencias placenteras.

Esa compulsión a la repetición lleva a Freud cuestionarse sobre el origen de esas tendencias anímicas, dando como conclusión el surgimiento de un nuevo dualismo en la teoría de las pulsiones, donde si bien no desconoce el recorrido teórico anterior, lo lleva más lejos. A partir de ese momento, y en una segunda teoría de las pulsiones Freud (1920) opone Pulsión de vida y Pulsión de muerte.

Como característica en común de ambas pulsiones, Freud indica que toda pulsión trata de volver a su estado original, son conservadoras, pero cada una hacia sus propios intereses.

Las Pulsiones de vida son las que tienden a la multiplicación, a conservar la unión, al decir de Laplanche y Pontalis (2005) “tienden, no solo a conservar las unidades vitales existentes, sino también a constituir, a partir de éstas, unidades más amplias” (P. 342).

Dentro de las Pulsiones de vida, o Eros como también las llamó, se sitúan las Pulsiones sexuales.

Por otra parte, las pulsiones de Muerte tienden al regreso al estado inorgánico, estado previo a la vida.

Las Pulsiones de vida, obrarán de manera opuesta, intentando alargar el fatal e ineludible destino de la muerte.

El conflicto de pulsiones generado entre Eros y la pulsión de muerte, encuentra su expresión a través de la culpa, y ese conflicto lo vive cada sujeto desde el momento en que está viviendo inmerso en una cultura. Estas pulsiones están siempre combinadas, puesto a que nunca están aisladas y en estado puro, sino que se presentan en una desmezcla pulsional (Freud, 1923).

El aporte de Lacan

Las palabras, la falta y el deseo

-“Te miraré de reojo y tú no dirás nada. La palabra es fuente de malentendidos”

El principito

La herramienta por excelencia del psicoanálisis es el texto, las palabras, y sin esa comunicación no habría análisis posible. Lacan le otorga gran importancia al lenguaje, y toma algunos elementos de la lingüística para explicar mejor algunas nociones relacionadas al inconsciente.

De la lingüística toma los conceptos de significante y significado. El significante tiene un valor, que cobra como significado, allí donde genera efecto. Puede ser una palabra, un gesto, un objeto al cual se le da un sentido ligándolas a otro significante. El significante es un trazo material que puede estar tachado o no, puede estar o no estar y aun en esa ausencia ser una presencia (Lacan, 2010).

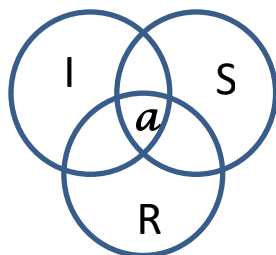
Lacan (1958) afirma:

Esta pasión del significante se convierte entonces en una dimensión nueva de la condición humana, en cuanto que no es únicamente el hombre quien habla, sino que en el hombre y por el hombre "ello" habla, y su naturaleza resulta tejida por efectos donde se encuentra la estructura del lenguaje del cual él se convierte en la materia, y por eso resuena en él, más allá de todo lo que pudo concebir la psicología de las ideas, la relación de la palabra (P. 668).

Encuentra los mecanismos de condensación y desplazamiento que Freud encuentra en el sueño, en la metáfora y metonimia. En el caso de la metáfora, sucedería que un significante ha tomado el lugar de otro, pero el significante que permanece oculto no desaparece sino que se mantiene presente por su conexión con el resto. La metáfora, así como el sueño, cobra sentido allí donde no se le encuentra sentido.

Uno de los aportes al Psicoanálisis que realizó explica que las vivencias y los registros que quedan en la memoria atraviesan 3 planos: real, simbólico e imaginario. El plano Imaginario se forma por imágenes, como por ejemplo el estadio del espejo que desarrollaré más adelante; el plano simbólico es donde se registran los significantes; y

por último el plano real donde se registra la vivencia de manera más bruta ya que su contenido no puede expresarse en lenguaje ni en imágenes (Lacan, 2010). Juntas, forman el nudo borromeo:



En el medio, el objeto *a* representa la falta, lo que está perdido desde un comienzo.

En el Psicoanálisis de Lacan (2010) se propone que nacemos siendo solamente biología, y es gracias al lenguaje que nos adentramos al mundo humano. El primer llanto es cargado de significación por una madre, que responderá con un significante (alimento, brazos, caricias), este “calmar” ese llanto brinda además de colmar una necesidad, un plus de amor, que será vivido como la primer experiencia satisfactoria. La próxima vez que el niño acuda al pedido por medio del llanto, la madre aunque sacie su hambre u otras necesidades, ya nunca será vivido como la primera vez, y ahí se instaura la falta estructural, que nunca será colmada plenamente, ese objeto perdido, es el objeto *a*.

El lenguaje intentará ayudar a comunicar las necesidades, en tanto hay un deseo por una falta. Con la incorporación del lenguaje, el descifrar el deseo del otro se complica, porque habrá además que descifrar un mensaje, y toda comunicación es siempre un malentendido, y el deseo no se cumple nunca. Es gracias a que nunca se cumple, que somos sujetos de deseo.

El mayor inconveniente con el deseo, es que el deseo nunca es el deseo autentico de cada uno, sino que es el deseo de deseo, mi deseo es mi deseo del deseo de un Otro. Esto es lo que hace a la incompletud del deseo, lo que hará que siempre haya una falta, un vacío que no se llena, en tanto aquello que lo complete, dicho de otra manera, el falo, no existe.

Lacan (1958) dedica uno de sus trabajos, *La significación del falo*, precisamente a este concepto. El *falo* se según Lacan no tiene relación con el pene como lo presenta Freud, sino como lo que se imagina que completa, allí donde existe una falta. Es imaginario, no se tiene noticia real de qué sería aquello que falta, por lo tanto, nadie tiene en verdad el falo, nadie lo posee.

El falo es ese deseo del deseo. Hay una falta, y aquello que lo completa lo imagina en la medida del yo ideal, para cumplir con el deseo del Otro Primordial, pero el deseo del Otro a su vez no es en realidad su deseo auténtico, sino que también está constituido en base al deseo de un Otro.

Dirá Lacan (1958) que el *falo* es el *significante* de una falta, de un *deseo*. Este es el aspecto paradójico del falo, es una presencia de una ilusión de que no falta nada, pero su sola presencia, indica una falta. Es una presencia de una ausencia.

Con respecto al falo hay una ilusión de completud, ya que el falo puede ser vivido como lo que completa, por eso cualquier cosa en tanto complete, puede ser vivido como falo (Lacan, 1958).

Esta función imaginaria del falo, hace que se viva como objeto parcial la mirada del Otro, si ponemos el ejemplo madre-hijo, el hijo brinda la ilusión de ser lo que completa a esa madre, es su falo.

El Estadio del espejo y el Edipo en Lacan

Lo primero que hay que tomar en cuenta es que Lacan se refiere a madre, padre e hijo como funciones que se definen en interdependencia con las demás. La madre se constituye con el hijo, el padre es padre porque hay un hijo y el hijo se define en interdependencia con los anteriores (Bleichmar, 1997).

El yo, para Lacan (1972) se genera desde afuera, desde un otro, por eso dirá que el yo no es lo genuino del sujeto, sino que es otro. El yo es identificación imaginaria con otro, lo que da lugar a una de las principales conceptualizaciones de Lacan, el Estadio del Espejo, que será la fase que permite la constitución del yo, ya que es allí donde la mirada y el Otro cobra sentido y se torna significativa.

El *Estadio del Espejo*, situado aproximadamente entre los 6 y 18 meses se da en tres tiempos, a saber: en un primer tiempo el bebé percibe su reflejo en el espejo como si fuera un ser real, no percibe que es la imagen de sí mismo, ya que hasta el momento no tiene una división adecuada entre yo y otro; en un segundo momento comprende que lo que percibe en el espejo es una imagen que puede diferenciar de la realidad; en un tercer tiempo logra entender que esa imagen que percibe es suya.

Dor (1995) nos aporta respecto al estadio del espejo:

Al reconocerse a través de esa imagen, el niño reúne la dispersión del cuerpo fragmentado en una totalidad unificada que es la representación del cuerpo propio. La imagen del cuerpo es, entonces, estructurante para la identidad del sujeto que realiza en ella su identificación primordial. (P. 93)

Lo importante de este estadio es: por un lado, que logra adquirir la imagen de su cuerpo como unidad (ya no será un cuerpo fragmentado como fantaseaba), y por otro lado, da lugar a la estructuración del yo. A priori, el niño carece de una imagen de sí mismo objetiva, por lo que esa imagen especular que recibe, es lo que toma como imagen de sí mismo, se identifica (Laplanche y Pontalis, 2005).

Lacan (1972) habla del gran Otro primordial, que es fundamentalmente la madre (función materna), y es frente a la demanda, por ese Otro que el sujeto se estructura. En la experiencia de reconocerse en esa mirada jubilosa de la madre y verse en esa imagen de completud, que le permitirá asegurar su narcisismo, su *yo ideal*.

El niño solo al diferenciarse de la madre puede reconocerla como el Otro, ya que el cuerpo se construye en relación con el deseo del Otro. No nacemos con un cuerpo, sino siendo biología, organismo, el cual se va modificando sobre lo imaginario especular (Estadio del Espejo), y más tarde sobre el modelo de cultura (Edipo) (Lacan, 1972).

El yo al constituirse en identificación con la imagen que recibe del afuera, se aliena imaginariamente, ya que de ahí en más su identidad es en relación al Otro (Dor, 1995).

La estructura del Edipo en Lacan presenta diferencias con respecto a la explicación freudiana del mismo. Se pueden distinguir tres tiempos del Edipo para Lacan, y a diferencia de Freud, Lacan propone cuatro elementos, ya que a madre-padre-hijo le suma el elemento falo (significante de la falta). Por otra parte, a diferencia del Edipo freudiano, en la teorización lacaniana ya no se trata de una trama que le ocurre al niño, sino que se trata de una trama de la cual forma parte (Bleichmar, 1997).

Encontramos en Lacan (2010) que los tres tiempos del Edipo no están marcados por la cronología, o ubicados en una edad determinada, sino que se trata de tres tiempos lógicos, en los cuales lo importante son las etapas.

En el *primer tiempo del Edipo* el niño completa totalmente a la madre, tapa la falta, hace de falo. El lugar de la madre es el lugar del deseo, y esta es precisamente la función fundamental de la madre aquí, viabilizar el deseo. Este momento es el del goce ilimitado, y el niño tiene la ilusión de ser el falo, es el falo imaginario.

En el *segundo tiempo del Edipo*, aparece la intervención del padre como la ley. En este tiempo, la madre comienza a mostrarse como deseante, y el niño percibe que ya no la completa, comienza la separación. La presencia de la función paterna es fundamental, ya que es quien hace la ruptura entre el bebé y la madre, prohíbe el goce ilimitado e incestuoso, y por lo tanto, habilita el deseo por otro. El lugar del padre, es el lugar de la ley, y su función será la de regular la relación madre-hijo, regular el goce.

Se crea el momento ilusorio de que el padre tiene el falo, y de esta manera, ese hijo ya no ocupara más el lugar de falo para la madre, ya no la completa. La madre ya no es quien posee el falo, y como el niño cree ahora que el padre es el falo de la madre (ya no lo es él mismo) esto habilita una falta, que le hará buscar afuera el falo, esa completud.

Hay dos elementos que son muy importantes en la obra de Lacan: la mirada y la voz. En el primer caso es lo que le permite constituirse en su *yo*, la mirada del Otro. La voz masculina en esta segunda etapa será importante a la hora de reconocer a ese padre como ley. Este padre simbólico, el padre castrador, de la ley, es el padre del discurso.

Lacan hace referencia al Nombre-Del-Padre, dando igual importancia al padre y a su nombre, al ser nombrado ya no aparece velado como lo hacía en el primer tiempo, en este segundo tiempo aparece como el padre terrible. Este padre simbólico que deja al niño en su condición de incompleto.

Gracias a esta castración simbólica es que se posibilita el deseo. Lo que se obtenga será siempre diferente de aquello que anhela como falo, recibirá la falta, del deseo del deseo del Otro, es por esto que Lacan dice que el goce pleno es imposible.

Como *tercer tiempo del Edipo*, el falo está por encima de los tres, aquí ocurre la dimensión del registro simbólico del falo. Los restos del deseo incestuoso constituyen el fantasma. El falo simbólico se hace metáfora, se muestra como algo que se puede *tener*, ya no *ser*.

El niño reconoce que el padre no es la ley, pero sí quien la transmite. Hay dos aspectos de esa ley, uno negativo que prohíbe el incesto, y uno positivo que posibilita el surgimiento del deseo, en tanto le generó una falta, ya no hay falo, solamente deseo. La castración de la madre es a su vez la castración de su deseo, allí el niño encontrará su condición de sujeto y ya no de falo.

El varón buscará su satisfacción en una mujer, como la recibió en su momento de la madre por su condición de falo, pero ahora buscare el falo en otra mujer, que pueda ser significativa de una presencia en base a esa ausencia, a ese deseo.

Con la incorporación de la ley, el niño se identifica con ella, se instaura el *super-yo* que le dará esa inclusión en la sociedad. El significante del padre (la ley) debe imponerse al de la madre (el lugar del deseo) y sustituirlo, de esta manera se posibilita la entrada al mundo simbólico, se regula el goce y el sujeto accede a la realidad, la *cultura*.

Es incuestionable que la Castración tiene un lugar nuclear en la estructuración de la personalidad, ya que según su paso por el mismo, determina cómo devendrá el sujeto. Según el posicionamiento respecto de la castración pueden ser: neurótico (actuó el Complejo de Edipo); psicótico (no existió castración): o perverso (reniega de la castración) (Bleichmar, 1997).

Por último, el deseo humano tiene la propiedad de fijarse en fantasmas, y siempre hay un significante en la relación con el Otro, un significante que siempre faltará: el falo. El deseo se organiza en función de una falta, y el deseo es, para Lacan, defensa del yo. El yo se defiende de su desamparo, ya que cada vez se encuentra más lejos del deseo original (Safouan, 2003).

Otras consideraciones acerca del deseo

El deseo de los padres, el deseo que nos precede

Tomando en cuenta el recorrido transitado hasta el momento, es innegable la importancia del vínculo con los padres a la hora de la estructuración psíquica. Las ausencias son necesarias para que el adecuado proceso se lleve a cabo, y así convertirse en sujeto deseante. Casas De Pereda (2015) explica al respecto que “el sujeto para acceder a su propio deseo necesita ser deseado y sostenido metafóricamente y literalmente por sus padres.”(P.24)

Tanto desde la postura Freudiana como desde la Lacaniana, se infiere el carácter imperioso del abandono de los deseos y fantasías edípicas, para su adecuada adaptación al medio. Es así que la renuncia de los deseos infantiles son necesarios para el ingreso a la cultura como sujeto deseante, a la vez que es necesario frustrarse para impulsar el desear.

Alba Flesler (2007) siguiendo la línea del Psicoanálisis de Lacan coloca al objeto α como entrelazado entre 3 los planos: real, simbólico e imaginario. Ubica al goce en el plano de lo real, al amor en el plano imaginario y por último al deseo en el plano simbólico.

Tomando en cuenta que el objeto puede funcionar como una presencia o una ausencia, es válido decir que en la presencia brinda un plus de goce, pero ese goce de ser continuo y no generar la falta, anula la capacidad deseante. A su vez, el amor imposibilita el goce ininterrumpido ya que es necesaria la ausencia para crear una representación en el plano simbólico e imaginario. Agrega Flesler (2007) que “El objeto del amor sólo se engendra en una falta motivada por su anhelo.” (P. 67).

Ferrant (2008) comenta al respecto de su experiencia clínica, y las demandas de los pacientes que las ausencias que les aquejan son en verdad una ausencia primitiva, y “esta ausencia fundamental fue recubierta por otras mil cosas: hábitos, investiduras de trabajo, de amistad, de amor, tapa-agujeros, rutinas de vida.” (P. 1).

Entonces, las ausencias nos posibilitan el deseo, y es necesario renunciar a ciertos goces para seguir con el deseo vivo, y es desde allí que surgen nuevos proyectos, conexiones con otro, porque el deseo genera lazo social (Vegh, 2001).

Flesler (2007) explica que “para el ser humano, la existencia no se asimila a la vida. Por esa razón un niño puede tener lugar en una familia antes de nacer.” (P. 44) Entonces, ¿qué ocurre con el deseo de los padres?

A raíz de lo anterior podemos decir que la madre desde un lugar de *anticipación*, le da un lugar a su hijo en su imaginación antes de nacer, e incluso antes de concebirlo, ya cuando niña jugaba a ser mamá ese niño por venir ya estaba visualizado, imaginado, deseado. Hay un deseo de que ese hijo por venir brindara completud, donde existía una falta y es el falo imaginario que implicará el desafío al niño naciente de poder completar a su madre, tal como lo hace su igual simbólico.

La ilusión de ser igual a lo imaginado es fundamental ya que de ello dependerá que ese niño sea investido libidinalmente por una madre para ser cuidado y amado. Luego, en lo simbólico se muestra la diferencia, ya que no es idéntico al hijo imaginado.

La función materna, que como se aclaró anteriormente, no necesariamente la cumple la madre biológica, para poder amar al niño tiene que ser deseado, ya que será, en tanto falo, lo que le falta y la completa (Lacan, 1972).

En cuanto al padre, será el padre nominativo y la voz de la autoridad. Es de gran importancia que la función paterna sea quien muestre la ley, mencionando al niño o niña que es su hijo/a ya que eso le demostrará sobre qué mujer cae la prohibición al incesto. Deberá romper con el idilio de la relación madre-hijo como uno solo, para ayudarlo en el camino de la diferenciación. Entonces, la nominación asienta la prohibición y restringe el goce, a la vez que permite el respeto y amor al padre (Flesler, 2007).

Es de suma importancia que exista la anticipación y la nominación para la estructuración subjetiva del niño. Tanto madre como padre son funciones dentro de un sistema simbólico de parentesco que domina las relaciones, y está estructurado desde antes de nacer.

El padre deberá hacer a la madre objeto de su propio deseo, de esa manera ya no será solamente madre. Al limitar el goce del hijo, mostrándose como deseante, dona su castración, ya que todo deseo tiene origen en la pérdida de un goce.

Por lo tanto, el padre deberá ser el padre de la castración, ya que al ser deseante busca el goce que le falta, y deseará encontrarlo en el cuerpo de una mujer (su madre). Por el contrario, al mostrarse como padre del goce, nunca desearía a una mujer, aquí no opera la castración. La falla sobre la función paterna imposibilita el

corte del goce madre-hijo, impidiendo que se diferencie de ella, y se constituya como sujeto, en cuyo caso estaríamos hablando de una psicosis (Flesler, 2007).

El deseo y su conexión con las patologías

En el ámbito de la salud mental, se trabaja frente a patologías de las cuales se hace diagnósticos basados en sintomatologías, el carácter, conductas, pero no es frecuente encontrar un enfoque que abarque la temática del deseo. Si el deseo atraviesa la vida del sujeto en su devenir como tal, es esperable que también se le pueda relacionar en su devenir patológico.

Habiendo compartido conceptos acerca de la estructuración del sujeto, es importante comprender qué rol está jugando el deseo cuando la estructuración deviene psicótica o perversa, o incluso en casos de niños que son llevados a consulta a raíz de dificultades de aprendizaje.

Es fundamental que para la madre, el significante niño no sea un significante vacío, sino que refiera a una persona aparte de sí misma. En el caso de la madre *todopoderosa* que acude a cada pedido o reclamo, conteniendo todas las demandas de ese niño que no es reconocido como un otro singular, no se habilita el deseo porque no se habilita la castración (Mieres de Pizzolanti, 1976).

Cuando existe una exposición a fallas en las relaciones primarias, como los abusos, maltratos y escasez de respuestas de otro, puede impartir como resultado estados disociativos y carencias yoicas. Lo paradójico y complejo del vínculo primario baila sobre la dinámica de la presencia-ausencia, permitiendo que el sujeto simbolice a raíz de la alternancia de satisfacciones y frustraciones que deberá trascurrir (De León Bernardi, 2008).

Retomando capítulos anteriores, la aceptación e incorporación de las leyes es requisito indiscutible para una estructuración psíquica más neurótica. Casas De Pereda (2015) comenta al respecto:

El NO de la prohibición vehiculiza desde la función materna o paterna las estructuraciones edípicas parentales y va plasmando en el hijo, en cada encuentro, los efectos de dicha decantación estructural. De allí que las carencias y fallas en este ámbito de la prohibición del incesto, constituyen la base de numerosos efectos patológicos. (P. 31)

Para Laplanche y Pontalis (2005) la segunda teoría freudiana del aparato anímico, intentó explicar la psicosis como “una ruptura entre el yo y la realidad, que deja al yo bajo el dominio del ello; en un segundo tiempo, el del delirio, el yo reconstruiría una nueva realidad, conforme a los deseos del ello” (P. 323). Entonces, se puede decir que en el caso de la psicosis se reniega la realidad y se sustituye con otra con el fin del cumplimiento de un deseo, y en la neurosis la realidad es ignorada, reprimida.

Freud (1905) nos habla de la disposición perversa polimorfa de la sexualidad infantil refiriéndose a que su condición es pre-genital y sus elecciones de objeto responden a pulsiones parciales. Cuando el adulto se satisface principalmente de manera perversa, es decir de manera atípica o alternativa al coito, implica una fijación a una fase anterior del desarrollo libidinal o a una elección de objeto parcial, cuando aún la castración no operó sobre el sujeto permitiendo interiorizar la ley, reprimiendo la sexualidad infantil.

En la perversión no actúa el complejo de castración, porque opera como mecanismo de renegación de la castración. Freud (1927) investigó este mecanismo principalmente en el fetichismo, y consiste en el rechazo absoluto a la idea de la ausencia de pene en la mujer. Este mecanismo es de gran peligrosidad porque se reniega de una realidad exterior, a diferencia de la represión en los neuróticos, que rechazan una realidad interior, particularmente la sexualidad infantil. Por este motivo, Freud llamo a la perversión el negativo de la neurosis.

En el caso del fetichismo ocurre una contradicción, por un lado reniega la castración, y por el otro reconoce la carencia de pene en la mujer, y es a través del objeto fetiche que le otorga un pene a la mujer. El fetiche, dirá Freud (1927) es el sustituto del pene de la madre, al que el niño no quiere renunciar. La contradicción presente en el fetichismo, determina una *escisión del yo*.

La diferencia principal entre represión y renegación, está en el contenido al cual afecta, de manera que mientras la represión trata de evitar el afecto o la demanda pulsional; la renegación atacará las ideas, no las percepciones sensoriales en sí, ya que actúa sobre la huella mnémica. En palabras de Bleichmar (1997):

Si se habla de renegación es porque el chico percibió la diferencia, sacó la conclusión de que entonces a él puede faltarle el pene –angustia de castración- y recién entonces sustituyó la huella mnémica del genital sin pene por la del que lo posee (P. 108).

Existe una diferencia entre condición fetichista y fetichismo: la primera responde a una condición que debe tener el objeto para que sea objeto de deseo, pero el fetichismo implica una sustitución del pene por el fetiche, ya que se separa de la persona y se

convierte en un objeto sexual por sí solo. Nuevamente Bleichmar (1997) lo aclara diciendo que “el fetichista ha hecho una modificación en el objeto de deseo, gracias a que algo está sobrevalorado, el genital deja de estarlo” (P.95).

Con respecto al concepto de *escisión del yo*, Laplanche y Pontalis (2005) lo describen como:

Fenómeno muy particular cuya intervención observó especialmente en el fetichismo y en las psicosis: la coexistencia, dentro del yo, de dos actitudes psíquicas respecto a la realidad exterior en cuanto ésta contraría una exigencia pulsional: una de ellas tiene en cuenta la realidad en juego y la substituye por una producción del deseo. Estas dos actitudes coexisten sin influirse recíprocamente (P. 125).

Cabe destacar, que la escisión del yo no está presentada como un mecanismo de defensa por sí misma, sino que permite la coexistencia de dos tendencias y defensas, estas serían: por un lado la renegación dirigida al mundo exterior, y por otro lado una defensa hacia las pulsiones, que podría incluso presentarse como una formación de síntoma (Laplanche y Pontalis, 2005). En la escisión del yo, se genera una regresión a estadios anteriores del desarrollo, puntualmente a la fase oral (Freud, 1938).

El yo ineludiblemente se enfrentará a conflictos, por un lado la puja constante del ello y su fuerte intención de satisfacción, por otro lado el mundo exterior (apoyado en el super-yo) y su fuerte intención de socavar esas satisfacciones de deseo. Mientras que en un devenir neurótico, el yo combate con los deseos del ello, pero se vence por las exigencias del super-yo reprimiendo la sexualidad infantil, lo prohibido, lo antisocial. En el caso de la psicosis, el yo corta el vínculo con el mundo exterior (con el cual nos relacionamos a través de percepciones y huellas mnémicas) y se crea un nuevo mundo exterior, encauzado por los deseos del ello, ya que esa ruptura es efecto de una frustración por parte del mundo exterior, la cual resulta intolerable. La frustración estará presente necesariamente, pero de acuerdo a la voluntad de cuál instancia ceda el yo, su porvenir será neurótico o psicótico (Freud, 1923).

El Duelo

“No hay mayor dolor, que, en la miseria recordar el feliz tiempo”

La divina Comedia

En la búsqueda de un objeto de amor, un objeto que nos lleve al cumplimiento de deseos, puede ocurrir lo peor y ese objeto puede perderse. Muertes, separaciones, distancias marcan ausencias, que deberán ser tramitadas en duelos. Algunos duelos son necesarios por su carácter estructurante, y resultan habilitadores de la vida en sociedad, permiten la adaptación a la convivencia en sociedad.

El duelo se presenta como una reacción frente a la pérdida del objeto de amor, y durante ese período el sujeto siente gran dolor, pierde interés por el resto del mundo externo y se pueden observar además cambios en la conducta, pero sin ser considerados patológicos, ya que es esperable que luego de un tiempo prudencial se disipen (Freud, 1915).

Para que el duelo se lleve a cabo, es necesario que las catexis de libido que están ligadas al objeto perdido y a todos los recuerdos asociados al mismo, retornen al yo en modo de identificación narcisista. Si esos montos de libido no son devueltos al yo, para poder luego ser fijados a un nuevo objeto (una nueva elección de objeto), el sujeto se identifica con el objeto perdido como en el caso de la melancolía (Laplanche y Pontalis, 2005).

El duelo tiene dos vertientes, por un lado existe una identificación con el objeto perdido y se interiorizan algunos aspectos del mismo, brindando una ganancia narcisista, por otra parte implica la horrible tarea de afrontar la experiencia de la ausencia (De León De Bernardi, 2008).

Por su similitud de expresiones conductuales, es comúnmente asociado el duelo a la melancolía, pero a diferencia del primero, esta última presenta características patológicas que requieren mayor examen.

En la melancolía, se puede decir que frente a la pérdida de objeto, la libido investida en él no se muda a un nuevo objeto como sería lo esperado si se tratase de un duelo; sino que la libido se vuelve al yo, produciéndose una identificación del yo con el objeto perdido. La libido investida en el objeto vuelve al yo en una identificación narcisista

(anterior a la elección de objeto), y el yo será criticado y juzgado por sí mismo, por su aspecto más crítico y moral. El amor y el odio a causa del desengaño del objeto de amor, que ahora se vuelcan ambas hacia el yo, muestran la ambivalencia; el yo no puede resignar el objeto y se genera la identificación narcisista, pero el odio también queda volcado al yo, convirtiéndolo en fuente de humillaciones y degradaciones (Freud, 1915).

Como se ha aclarado con anterioridad, el yo se enfrenta constantemente a conflictos, en los que intentará mediar entre las demás instancias del aparato anímico, y el mundo exterior. En el caso de la melancolía (o psiconeurosis narcisistas, como también la llamó), prevalece el conflicto del yo con el super-yo (Freud, 1923).

Es interesante cómo se puede hacer un duelo frente a una pérdida de algo que nunca se tuvo, pero se fantaseó y se vivenció, al menos en las profundidades de la vida anímica, como real. La renuncia al objeto de amor Edípico es fundamental y requisito ineludible para el ingreso a la cultura, y todo el camino recorrido durante el desarrollo inicial de la sexualidad infantil, debe ser abandonado y expulsado, al menos de la consciencia.

El duelo de aceptar la pérdida del objeto que le es prohibido al sujeto y aceptar la castración, pérdida permanente e irreparable, dejará lugar en la vida psíquica para nuevos objetos de deseo. El duelo en este sentido es además, aceptación de límites (Casas de Pereda, 2012).

Por último, gracias a que para el ser humano no hay un objeto destinado por instinto, puede haber elección de objeto, gracias a que el objeto se pierde, puede renovarse. (Flesler, 2007).

CONCLUSIONES FINALES

El deseo es vida, no solo por los montos de pulsión que se mueven en búsqueda de su satisfacción, que activan lazos, actividades, que permite desarrollar proyectos, talentos y aptitudes; sino que es vida porque brinda la posibilidad de existir. No *somos* si no es gracias a ese deseo que se nos depositó antes de respirar en este mundo por primera vez, deseo de hijo por venir, de un *ser* por vivir.

En este caso el eje central del trabajo fue el deseo, pero la importancia de este tema es que permite la comprensión del sujeto como uno, con su historia y sus avatares. Permite el tener en cuenta el rango de repercusiones que tendrán en el sujeto los hechos que incluso lo preceden, como el deseo de los padres, y el lugar que ya se le asignó incluso antes de la propia gestación. Todo esto marcará su vivir, su camino.

El presente trabajo intentó centralizar en torno al deseo, diversos temas que con frecuencia se consideran por separado unos de otros, y es ahí, que entiendo que el Psicoanálisis brinda herramientas para conectar lo situacional de la vida de un sujeto con su historia, y poder trabajarlo en análisis con eficacia.

Estas conclusiones finales de un Trabajo final de Grado paradójicamente aportan la apertura de cuestionamientos y una postura más analítica a la hora de entender los sucesos que como psicóloga deberé ayudar a trabajar a futuros pacientes. Me es inevitable considerar cuán necesario es profundizar junto a los padres su propia historia, ya que en sus manos y en sus deseos tienen la enorme responsabilidad de forjar un nuevo ser.

Queda plasmada también la importancia de las ausencias, y la necesidad de no satisfacer en cuanto demanda el niño reclame, sino en permitir experimentar la falta, falta movilizadora de deseos, de más vida y más pulso.

Se intentó realizar un acercamiento al camino que recorre el deseo en los sujetos, y los sujetos en el deseo. Padre, madre, hijo y un sinfín de vivencias que demuestran las dinámicas familiares, habilitadoras o inhabilitadoras de deseo, de configuraciones neuróticas, psicóticas o perversas.

No se puede pensar al deseo sin considerar la falta, la ausencia. Es por este motivo que este trabajo hace un recorrido que culmina en el duelo. Duelo y deseo en tanto estructurantes ya desde sus comienzos, y presentes en todo aquello que emprendamos en el camino de la vida.

A modo de cierre, no encuentro palabras más oportunas que las citadas en el comienzo:

“No desear nada es no vivir”

Paul Gèraldy

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Bleichmar, H. (1997). *Introducción al estudio de las perversiones. La teoría del Edipo en Freud y Lacan*. (12ª. ed.). Buenos Aires: Nueva visión.
- Casas de Pereda, M. (2012). La ineludible angustia. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, (114). Recuperado de <http://www.apuruquay.org/apurevista/2010/16887247201211404.pdf>
- Casas de Pereda, M. (2014). Sexualidad: lo inconsciente. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, (118), 32-39. Recuperado de <http://www.apuruquay.org/apurevista/2010/16887247201411803.pdf>
- Casas de Pereda, M. (2015). Estructuración psíquica. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, (120), 24-38. Recuperado de <http://www.apuruquay.org/apurevista/2010/16887247201512003.pdf>
- De León Bernardi, B. (2008). Comentario a la conferencia de Alain Ferrant: «La ausencia y sus afectos». *Revista uruguaya de Psicoanálisis*, (107), 107-115. Recuperado de <http://www.apuruquay.org/apurevista/2000/16887247200810713.pdf>
- Dor, J (1995). *Introducción a la lectura de Lacan*, España, Ed. Gedisa.
- Ferrant, A. (2008). La ausencia y sus afectos. *Revista uruguaya de Psicoanálisis*, (107), 90-106. Recuperado de <http://www.apuruquay.org/apurevista/2000/16887247200810712.pdf>
- Flesler. A. (2007). *El niño en análisis y el lugar de los padres*. Buenos Aires: Paidós.
- Freud, S. (1975). La interpretación de los sueños. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas: Sigmund Freud* (vol. 4, pp. 29-343). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado 1900).
- Freud, S. (1975). La interpretación de los sueños. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas: Sigmund Freud* (vol. 5, pp. 345-668). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado 1900).

- Freud, S. (1975). El carácter y el erotismo anal. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas: Sigmund Freud* (vol. 9, pp. 149-158). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado 1908).
- Freud, S. (1975). *El malestar en la cultura*, En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas: Sigmund Freud* (vol. 21, pp. 57-140). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado 1930).
- Freud, S. (1980). *Tres ensayos de teoría sexual*, En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas: Sigmund Freud* (vol. 7, pp. 109-202). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado 1905).
- Freud, S. (1980). Tótem y tabú. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas: Sigmund Freud* (vol. 13, pp. 1-162). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado 1912).
- Freud, S. (1980). Introducción del narcisismo. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas: Sigmund Freud* (vol. 14, pp. 65-98). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado 1914).
- Freud, S. (1980). Duelo y melancolía. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas: Sigmund Freud* (vol. 14, pp. 235-255). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado 1915).
- Freud, S. (1980). Pulsiones y destinos de pulsión. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas: Sigmund Freud* (vol. 14, pp. 105-134). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado 1915).
- Freud, S. (1980). La represión. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas: Sigmund Freud* (vol. 14, pp. 135-152). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado 1915).
- Freud, S. (1980). Más allá del principio de placer. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas: Sigmund Freud* (vol. 18, pp. 1-62). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado 1920).

- Freud, S. (1980). Psicología de las masas y análisis del yo. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas: Sigmund Freud* (vol. 18, pp. 63-136). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado 1921).
- Freud, S. (1980). El yo y el ello. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas: Sigmund Freud* (vol. 19, pp. 1-66). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado 1923).
- Freud, S. (1980). Neurosis y psicosis. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas: Sigmund Freud* (vol. 18, pp. 151-159). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado 1923).
- Freud, S. (1980). Inhibición, síntoma y angustia. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas: Sigmund Freud* (vol. 20, pp. 71-164). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado 1921).
- Freud, S. (1980). Fetichismo. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas: Sigmund Freud* (vol. 21, pp. 141-152). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado 1927).
- Freud, S. (1980). La escisión del yo en el proceso defensivo. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas: Sigmund Freud* (vol. 23, pp. 271-278). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado 1938).
- García, J. (2009). La Muerte y el Objeto. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, (108), 90-107. Recuperado de <http://www.apuruguay.org/apurevista/2000/16887247200910805.pdf>
- Lacan, J. (1958). *La significación del falo*, Escritos II. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Lacan, J. (1971). *La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud*, Escritos I. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.

Lacan, J. (1972). *El estadio del espejo como formador del yo tal como se nos revela en la experiencia analítica.*, *Escritos I*. Buenos Aires: Ed. Siglo Veintiuno.

Lacan, J. (2010). *Libro 5. Las formaciones del inconsciente*. (9ª ed.). Buenos Aires: Paidós.

Laplanche, J, Pontalis, J. (2005). *Diccionario de Psicoanálisis*. (7ª. ed.). Buenos Aires: Paidós.

Mieres de Pizzolanti, G. (1976). Del silencio y la opresión del Deseo y la palabra.

Revista Uruguaya de Psicoanálisis, (en línea), 14. Recuperado de <http://www.apuruquay.org/apurevista/1970/1688724719765508.pdf>

Safouan, M. (2003), *Lacanianana. Los seminarios de Jacques Lacan 1953–1963*, Buenos Aires: Ed. Paidós.

Vegh, I. (2001) *El prójimo. Enlaces y desenlaces del goce*. Buenos Aires: Paidós.